

CADA UNO A SU ÉBOLA

En los países más desarrollados —al menos económicamente, pues lo demás está aún por ver— nos creíamos que los únicos virus que nos iban a visitar a partir de ahora eran los que corretean por Internet, correos electrónicos y redes sociales de toda índole; pero hete aquí que nos encontramos de repente con un viejo amigo; bueno, amigo no, pero sí viejo: el ébola, y las diversas reacciones que provoca hacen que se nos vea claramente el plumero otra vez.

Y no hablo desde el punto de vista médico, que *¡cha-peau!*, sino desde el ético y de la responsabilidad, en el que se ha vuelto a demostrar, una vez más, que estamos a la cola de los proyectos sociales y que, a la hora de afrontar el tema, cada uno va lo suyo, vamos, que cada uno va a su “ébola”. Veámoslo telegráficamente:

Fase I: Se comenta con beneplácito que un misionero contagiado va a ser traído a España a curarse del dichoso virus.

A los que dudan les dicen desde arriba:

—¿Qué pedirías tú si fuese un pariente tuyo, eh?

—¡Ah bueno, si es así y hay recursos, vale! —dicen todos aliviados.

Pasa el tiempo. No se dice que a lo mejor no había tantos medios como para que todo fuera tan seguro.

—Es igual, ¡hay que intentarlo! ¡Es un compatriota! —se comenta por muchos.

—¡Sí, sí, es verdad! —le avalan desde calles y plazas de pueblos y ciudades (sobre todo de fuera de Madrid, que es donde está el enfermo).

—¡Eso está lejos hombre, aquí no llega, no seas miedica! —dicen algunos, no creyéndose mucho lo que predicán.

Fase II: El misionero desgraciadamente fallece. Se pone en duda la seguridad.

El discurso social ya no es el mismo:

—¿Para qué le habrán traído sabiendo que ya no podía hacerse nada y poniendo en riesgo a todo el mundo? ¿No podrían haber enviado allí los medios necesarios?

—Aunque hubiera sido un familiar mío yo lo hubiera entendido si no le traen —dice ahora la mayoría.

—¡Ja! y ¡ja! —dicen algunos. Y otros piensan lo mismo pero solo gesticulan.

—¿Y por qué narices sacrifican al perro? —dice algún “experto”. *¡Está científicamente comprobado que el perro no puede transmitir a humanos!* —Por lo visto alguien ya lo sabía todo sobre el ébola.



José Díaz Cappa
Fiscal de la Fiscalía Superior de la Comunidad Autónoma de les Illes Balears
Delegado de la Sección de Menores
Delegado de Delitos Informáticos de la Fiscalía Superior de la C.A. de les Illes Balears
Profesor Asociado de Derecho Penal de la Universitat de les Illes Balears

—¡Pues te lo llevamos a tu casa y lo vamos comprobando! —dicen otros.

Movimiento masivo en la calle en favor del, sin duda, desafortunado animal. Seguramente no tenía que haber terminado así. O no se sabe.

En todo caso, lo que no se ven son movimientos populares en recuerdo de los muertos en África.

Fase III: Se contagia una voluntaria profesional de enfermería. Ha estado en contacto con otras personas. Decenas en cuarentena.

—¡Ni familiar ni leches! —dice ahora casi todo el mundo.

—¡No sé qué ha podido pasar! ¡Los equipos “antiébola” eran “guays” y solo podía fallar el protocolo si fallaba el humano que había de seguirlo! —comienza ya a comentarse en algunos estamentos.

Sin embargo, nueva fase en acción (y IV): riesgo de contagio masivo porque la profesional de enfermería estuvo al parecer en contacto con otras muchas personas, quizás sospechando algo, quizás no.

—Ya se verá por quien tenga que decidir, que para eso están las investigaciones —se comenta.

—Ella parece que dijo que se tocó con las manos al quitarse el traje —vuelven algunos a la carga.

—Que no, que no: que eran los trajes que eran una mi**da. ¡Vamos, que no eran muy buenos...! —replican los demás.

—Ya, pero cualquier protocolo, aunque sea el mejor, es malo si las personas que tienen que aplicárselo no lo hacen bien, o simplemente cometen un error humano, ¿no te parece?

—Ya, ya, pero hay que vigilar y estar más seguro antes de comenzar empresas de este calado y riesgo, ¿no te parece a ti?



Por suerte, todo el mundo sale sano y salvo (como dije, los profesionales de sanidad, *Cum Laude*).

Fase V: Hay riesgo de responsabilidades civiles por todo lo ocurrido. Miedo en el cuerpo. Aun más si cabe. Viene el riesgo de virus que al parecer más aterroriza: el económico.

Todo el mundo preparado y desviando la atención hacia otro/s:

—¿Quién es el responsable y de qué y cuánto habrá que pagar por esto? ¿Quién le paga a la peluquera y a los otros tantos en cuarentena, su tiempo y demás perjuicios, entre ellos el miedo a estar realmente contagiados? —comentan muchos en bares y lugares de trabajo.

—Parece que ahora no se acuerda de si dijo si se tocó con la mano o no —dicen algunos que oyeron. Otros afirman que la enfermera sí avisó de que estuvo con el misionero cuando ella empezó a encontrarse mal y no le hicieron caso. Otros, que no lo dijo o lo dijo tarde. Algún responsable político comenta no sé qué de posibles omisiones. Alguien ofendido en su honor que a ver qué van diciendo de su integridad y dignidad. «Pío-pío, que yo no he sido», se decía de pequeños.

—Pues la culpa es de quienes trajeron al misionero —recuerdan ahora algunos (sobre todo los que no son de los primeros que decidieron trasladarlo a nuestro país).

—Pues a mí me parece que la responsabilidad es de los siguientes —piensan y dicen, ahora sí, sobre todo los primeros.

Me recuerda esto a un famoso croquis —cómico, eso sí, pero certero— sobre la responsabilidad, en el que ante algo que se había hecho se daban varias opciones: una de ellas decía: «¿Has sido tú?». Si se respondía que sí, se concluía: no hay salida. Pero inmediatamente aparecían otras alternativas. Entre ellas: «¿Puedes echarle la culpa a alguien?». Si la respuesta era sí, la conclusión era: estás salvado.

Fase VI: Sub Judice. Los órganos competentes irán viendo quién tiene la razón jurídica. Mientras tanto, los devaneos iniciales de unos y otros nos han impedido ver dónde está y quién tendría la razón ética y moral y el coraje, en su caso, de asumir responsabilidades. A lo mejor no se trata de encontrar una responsabilidad única, sino de repartirla; o, como podría parecer más lógico, asumir cada uno la suya, si es que la tiene, cuando la reconozca al pasar. De esto ya no nos salvamos ninguno. Pero ninguno.

—Por suerte ya estamos todos bien y eso es lo que cuenta —dicen ahora todos.

—Sí, buff, menos mal... —reitera ahora la gran mayoría, incluso los que vivían “lejos del problema”.

—¿Os acordáis de nosotros? —suplican los familiares de los miles de muertos y contagiados de Sierra Leona, Liberia y Guinea.

—Sí, sí, claro, nos acordamos, pero... eso está lejos, ¿no? —nos decimos todos unos a otros.

En fin. Cada uno a lo suyo. Cada uno, en este caso, a su “ébola”.

Con la venia amigos y hasta pronto.